

Manuel  
Martínez  
Velasco

Cosas que  
NO  
debes hacer  
la noche  
antes  
de Casarte



MANUEL MARTÍNEZ VELASCO

COSAS QUE NO DEBES HACER  
LA NOCHE ANTES DE CASARTE



ESPASA

© Manuel Martínez Velasco, 2022  
© Editorial Planeta, S.A., 2022  
Ediciones Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 2.893-2022  
ISBN: 978-84-670-6431-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es).

Diseño de Cubierta: Planeta & Diseño  
Fotografía de cubierta: © Patrice Calmettes

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/*Printed in Spain*  
Impresión: Rodesa, S. A.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Sábado, 2 de julio, 20.00

Querido lector:

Soy Diana, la invisible Diana o la novia invisible, lo que prefieras. Tengo treinta y dos años. Acaba de terminar mi boda, terminó hace unos minutos. La ceremonia, quiero decir. Ahora toca el cóctel de después y el banquete. Y los bailes. Y el despendole, si lo hay, no sé, porque todo el mundo está todavía un poco en *shock* por lo que acaba de pasar. Pero habrá fiesta, sí, que ya veo que se van recuperando de lo que han visto, de lo que he hecho. Se están dando cuenta de que lo que acaba de pasar... acaba de pasar.

Han pasado muchas cosas en estas últimas veinticuatro horas. Ha sido el día más especial de mi vida. Voy a rellenar varias páginas, no quiero dejarme ningún detalle, quiero recordar toda mi vida que el día en el que me tenía que casar sufrí varios episodios de... unos trastornos de... bueno, no sé cómo explicarlo. Que el día en el que me tenía que casar tuve el poder de volverme invisible. En serio.

Quizá con el primer párrafo has pensado que me llamaban la invisible Diana porque pasaba desapercibida en el instituto y nadie me hacía casito. No, no. De hecho, era muy popular, era la «vainilla» de mi clase. Vainilla es como tía buena, pero en elegante. Vainilla es como Blanca Suárez,

¿me entiendes? Que es muy guapa pero en plan superelegante. Vainilla es Charlize Theron. Si alguien hiciera una película de este libro, me gustaría que convenciera a Blanca Suárez para que hiciera de mí. Y si fuera americana a Charlize Theron. Porque las dos, aparte de vainillas, me parece que tienen mucha gracia.

Yo no soy tan guapa como ellas, pero tengo mis días. Y soy graciosa, pero no graciosa. Ayer estaba muy guapa, hoy más hecha un cuadro.

«Blanca Suárez en *La novia invisible*», lo veo. Lo veo pe-tándolo fuerte en Netflix. Bueno, al título hay que darle una vuelta. Ya lo pensaremos. Libro primero, adaptación cinematográfica después. Venga, que me volví invisible en la víspera de mi boda y te he dado un titularazo. No es una metáfora de nada. Me volvía invisible con solo desearlo o temerlo. Literal. Eso hizo que la boda, lo que haya sido esto, al final, haya sido muy curiosa. ¿Y divertida? Quizá para el novio no, pero no adelantemos acontecimientos. Fue divertido, supongo, cuando les robé a los camareros canapés de las bandejas.

No, no podía atravesar paredes y todo eso. Era invisible semiinvisible, invisible a medias. Escuché, sí, cosas que decían algunas personas porque no sabían que yo estaba a su lado. También a mis amigas, y a las que ya no son mis amigas, precisamente por cosas que he escuchado que no debería escuchar... bueno, que sí debería escuchar. Lo que sucede, conviene.

Y me he dado cuenta de muchas cosas, porque en este diario no solo va a haber jarana y cachondeo, no va a ser solo un libro de jijijí y jajajá y «qué risa con la novia que se hace invisible y que va en pelotas por ahí haciendo el indio». Sí, habrá de eso, bastante, pero he tenido mucho tiempo para pensar. Lo que hablaba Fer con sus amigos no lo escuché, porque no soy así de cotilla y hay que darles su

parcelita de privacidad a las parejas, pero me enteré de cosas. Ah, Fer se supone que es mi marido, desde hace un rato... o no, suspense. Es el poder supremo esto de la invisibilidad, pero también la peor de las maldiciones. ¿Sabes eso de «cuidado con lo que desees, porque puede hacerse realidad»? Vale, pues no desees ser invisible, a veces se cumple.

Es como cuando en verano te das con el dedo meñique del pie con todas las puertas de tu casa porque vas descalza y gritas de dolor en arameo. Cuando eres invisible, no te ves ninguna parte del cuerpo. Te he puesto un ejemplo tontorrón de «cosas malas de ser invisible» para empezar el libro de manera ligera, que luego ya me pondré algo más intensa y profunda, te lo garantizo. Salgo superfortificada de toda esta experiencia. Me hubiera gustado un fin de semana más tranquilo tomando refresquitos de cola, por no decir marcas, a orillas del mar, pero me hubiera vuelto a casa igual. Más relajada, pero la misma persona. Y no me gustaba esa persona. La que volverá a casa el lunes es una mujer fuerte.

Quiero que te rías, pero quizá en algún momento me gustaría que te emocionaras y que reflexionaras también. Quizá lo que me ha pasado te sirva. Es mi punto de vista sobre muchas cosas de la vida.

Ah, habrá mucho cine también en este libro, muchísimo, te gustará.

Te digo que mi objetivo no era casarme a toda costa con quien fuera. No estoy tan mal, al menos, ahora ya no. Tampoco es esta una novela de misterio, no me he cargado al novio el día de mi boda, no van por ahí los tiros. No es este ese libro, te lo pongo para generarte interés por si lo de que me haré invisible o lo de que reflexionaré en voz alta sobre el amor y las relaciones no te ha acabado de atrapar (todavía, porque sé que lo hará).

Voy a escribir todo para ordenarlo y ya releerlo con calma en el vuelo de vuelta a Madrid. Y para que lo lean bien mis amigas. Y mi familia, bueno, la parte guay de mi familia. Todos tenemos una parte guay de la familia, y una parte *meh*, que ni fu ni fa. Da igual cuando leas esto, sabes que es así. Temo desaparecer para siempre, así que dejo este testimonio por escrito por si acaso. Y tanto si alguna vez te pasa, como si no, lo mismo que me ha pasado a mí, te recomiendo que lo escribas todo. Ayuda mucho a relativizar las cosas y a entenderlas bien. La mayoría de los días de nuestra vida son como capítulos de relleno de una serie, pero hay unos cuantos en los que pasan cosas, muchas cosas. Es esa fecha que recuerdas, es esa fecha que te acaba de venir a la mente, que no es un aniversario de nada, ni el cumpleaños de nadie, sino el día en el que todo cambió para ti y solo tú atesoras esa fecha como un tatuaje imborrable en tu corazón. Pues eso. Este día ha cambiado todo para mí.

Ah, estoy en Mallorca, en el Hotel Formentor. Carísimo, buenísimo. Siempre quise casarme aquí porque pasaba los veranos por estas playas. Pensaba que aquí mi boda sería como una comedia romántica y al final ha sido también como algo de los hermanos Marx. Aquí, en este hotel tan chulo, se rodó una miniserie sobre Onassis. Me gusta ver en el cine los sitios que conozco. Y eso de Onassis lo vi aquí de pequeña. Es como los fans de *La guerra de las galaxias* que se van a Túnez a visitar el sitio donde vivió Luke Skywalker. Meto esta referencia a *Star Wars* por ti, amigo lector, por si has dado de casualidad con este libro y piensas que solo es de bodas y de chicas. Paciencia, también hablaremos algo de los Skywalker (y de cosas de superhéroes).

Bueno, no dejes que me enrolle. Has leído lo de «la chica se vuelve invisible el día de su boda» y quieres llegar ya allí. ¿Cómo ocurrió todo? ¿Cómo puede una hacerse invi-

sible sin más? Este no es un libro de recetas ni de pócimas. Esos los hace muy bien J. K. Rowling. Este es mi primer libro, ten compasión. Que si tiene éxito y firmo en la Feria del Libro te haré una dedicatoria personalizada, y si todavía sé cómo hacerme invisible a voluntad, haré el truquito del boli que escribe solo en el aire.

Nota auditiva: aunque haya mucha risa también me voy a poner seria, y triste, y quizá tú también, porque algunas de las cosas que te voy a contar seguro que te han pasado a ti; así que, si quieres leer con una música que de alguna manera te unifique el tono, te recomiendo que leas este diario con la banda sonora de la película *El turista accidental*, de John Williams. Con esa música en mente, tan mágica y sanadora, he escrito este libro y, si me haces caso, tendrás una experiencia más completa. Vamos directamente al grano, te voy a contar por qué, al fin y al cabo, todos deseamos ser invisibles en algún momento de nuestra vida. ¿Listo? ¿Lista? Vamos allá. Todo empezó hace exactamente un día, ayer.

**Viernes, 1 de julio, 20.00**

Érase una vez una chica, yo, que había aterrizado hacía unas pocas horas en el aeropuerto Son Sant Joan de Palma de Mallorca...

Ayer por la tarde, había quedado con Sandra, Leticia y Covadonga, mis tres mejores amigas. No me gustan las despedidas de soltera, al menos no esas tan ordinarias donde te ponen una diadema en la cabeza con «eso» ahí de gomaespuma. Tampoco mis amigas son de hacer cosas así... Bueno, Leticia sí. Leticia se lo hizo a Natalia cuando se casó, pero Natalia desapareció de nuestras vidas con su bebé. Suponemos que pasó de pantalla de videojuego, nosotras nos quedamos en otro nivel retro de «amigas sin bebé» y ya no quería juntarse más con nosotras, no sabemos. Una pena, la echamos de menos.

Bueno... Leticia, despedida de soltera de Natalia. Nos hizo a todas la pirula porque todas participamos de aquella fiesta absurda y salvaje. Parecía una película americana de esas que pretenden ser muy libres pero que dan vergüencita ajena porque sale un señor cachas disfrazado de policía haciendo un *striptease* y todas gritan ¡¡¡Uuuuhhh!!! La de Natalia fue así, en una discoteca del Madrid prepandemia. Olía fatal. Soy muy sensible a los olores. Olía verdaderamente mal. Y allí nadie gritaba ¡¡¡Uuuuhhh!!!, solo se oía «qué vergüenza, por favor», y, aunque en las películas americanas hay siempre mucha luz y mucho color, en

esta discoteca todo estaba oscurísimo, había mucho jaleo porque la despedida se juntó con una fiesta de empresa de una firma informática, y los ejecutivos iban y venían para ver qué pasaba en nuestra zona y ligar con nosotras de manera muy cutre porque iban borrachuzos perdidos, y en realidad el más mono era el más tímido y...

... este diario va a tener más páginas que los dos tomos enormes de las *Páginas Amarillas* que le dejaban en el rellano a mi abuela si permites que me vaya por los cerros de Úbeda. Mi abuela nunca los tiraba. Era una tradición: me llamaba («hija, que ya han traído los libros»), iba, los metía en casa y los colocaba en una estantería gigante donde estaban los de los años anteriores. No pesaban nada, es algo que me flipaba. Pero nada. Y estaban llenos de anuncios de señores que ponen persianas. Muchísimos. Nunca se me rompa una persiana, pero estoy deseando que se me rompa alguna para llamar a un señor que pone persianas de las *Páginas Amarillas*. Prometo solemnemente ante lo más sagrado que no los buscaré en Google ni utilizaré el servicio *online*: iré a casa de mi abuela y lo encontraré pasando páginas de papel.

A ver, sigo. Estábamos ya en Palma; la boda, como te digo, era en el Hotel Formentor, al norte de Mallorca, al día siguiente. Fernando estaba ya ahí con sus amigos, en el hotel, que no es un chico de muchas juergas. Tampoco quería que viera el traje de novia y eso, que dicen que da mala suerte. Desde Palma hasta el hotel hay casi una hora en coche, y yo me quería acostar pronto. Además, el último tramo es una carretera por la montaña llena de curvas, con un mirador precioso, aunque por la noche no se ve nada... En fin, que quería que mis niñas me llevaran pronto y ya está, no quería trasnochar. Y mucho menos beber, que me pongo muy tonta. Más que nada porque en la boda iba a estar Miguel. ¿Quién es Miguel? Es mi ex, mi último ex,

que una ya tiene mochila. Iba con su nueva novia, Macarena. Pero que lo tengo superado, ¿eh? Que no pasa nada. Pero no quería verlo. ¡Tiene gracia, como me volví invisible el que no me vio fue él a mí durante un rato largo! Sí, soy de las que se ríe de sus propios chistes. En mi cabeza este chiste tiene gracia, en papel no tanta. Intentaré esmerarme para que esto te arranque alguna sonrisa.

Macarena es amiga de estas, amiga de mis amigas, no mía, que no estamos en el cole ya, y como estaba sola esa noche, querían que se viniera con nosotras para limar asperezas. Pero que «no hay nada que limar», les decía yo, «que todo está bien». Macarena es muy maja. Intento sacarle algún defecto pero no lo tiene. Es la chica por la que Miguel me cambió, eso la convierte en mi Lex Luthor. En mi archienemiga. Hago referencias a cómics de superhéroes por ti, ya lo sabes, amigo lector masculino, para que veas que este libro va también por ti sin estereotipos de «a los chicos les gustan los superhéroes y a las chicas los vestiditos». Aunque, bien pensado, lo que acabo de escribir es un estereotipazo... ¡Por favor, no me desconcentres juzgándome!

Estábamos las cuatro en el bar, ellas hablaban con los camareros en secreto y eso, no sé qué me estarían preparando, y entonces entró Macarena. Es guapa la tía, las cosas como son. No sé si más guapa que yo, pero es guapa de narices. Si me gustaran las chicas, me gustaría Macarena. Entiendo que le gustara a Miguel, porque a Miguel y a mí a veces nos gustaban las mismas cosas. Nos habría gustado Macarena a la vez. Que te dejen por una fea es como una especie de compensación, como cuando un equipo marca un gol cuando ya le han caído siete. Que te dejen por una más guapa es como «el destino se lo devolverá con un desplome de un piano durante una mudanza mientras pasa por debajo». Que te dejen por una igual que tú es

muy frustrante, porque tiene algo secreto mejor que tú y perturba mucho.

Va, lo de Macarena. La guapa. Le pregunté, como quien no quiere la cosa, si venía con Miguel. Y me dijo que sí, que estaba aparcando y que ahora entraba para decirme hola y que ya se iba al hotel. Hice como que todo estaba bien, que ningún problema... y, como ya había bebido un poco y estaba algo mareada, me fui al baño. Porque lo tengo superado, eh. Que yo me quería casar con Fernando, el hombre de mi vida... Qué vergüenza me está dando todo... Voy rapidito a lo que pasó en cuanto me metí en el baño, que si esto fuera una serie correríamos ya el riesgo de que cambiaras de canal. En el próximo capítulo ya me vuelvo invisible, te lo juro.

**Viernes, 1 de julio, 20.10**

Vale, me metí en el baño. Y ahí dentro me miré al espejo y deseé ser invisible. No quería estar allí, quería desaparecer. Todavía sentía cosas por él, por Miguel, lo acababa de notar. Lo había visto por la ventana, aparcando, girando el volante con una mano mientras sacaba la cabeza por la ventanilla, cosa que me pone mucho, me ponen las personas que aparcan bien, a la primera, porque yo aparco al toque: hasta que no oigo el golpecito con el coche de delante y el insulto de quien siempre, siempre, está dentro en el de atrás, que se acuerda de mi familia, no sé si he aparcado bien y... pues eso, que quería desaparecer. Lo deseé bien alto, casi gritando. Me poseía algo de rabia contra mí. Por no poder estar disfrutando del mejor momento de mi vida (en teoría). Pero también tenía un gran sentimiento de vergüenza, me daba bastante vergüenza la situación. Bueno, la situación no. Me daba vergüenza sentirme así por la situación. Me daba vergüenza mi vergüenza.

—Maldita sea, ¡no quiero estar aquí... quiero desaparecer! —grité. Todo muy dramático. Si fuera una película de los noventa, donde abusaban de los planos cenitales, habría habido eso ahora, un plano cenital, un par de relámpagos, y una actriz muy mala mirando hacia arriba con el puño en alto a lo «¡a Dios pongo por testigo!».

Ah, un plano cenital es un plano desde arriba. Es un plano picado, y uno contrapicado es desde abajo. No os he

dicho que era actriz y luego monté una agencia de representación de actores y actrices desde el punto de vista legal. Los asesoro con sus contratos. Y me va guay, porque ahora hay muchas series en las plataformas y los tengo a todos currando. También doy seminarios sobre el actor frente a la cámara y eso, pero a lo que más los ayudo es a buscar trabajo. Todos tenemos una abuela que nos anima a ser artistas porque para ellas tenemos mucha gracia. Yo, gracia, no tengo mucha como actriz, soy una verdadera calamidad andante, pero, cuando me caigo, creo que lo hago con cierto desparpajo. Y de cine sé mucho, o creo que sé mucho, porque he visto mucho cine y ya me creo una experta, aunque en realidad soy abogada. Lo más parecido a esto del espejo sería como cuando, en *Big*, el niño, Josh, Tom Hanks, decide que quiere ser mayor en una feria para poder montarse en una atracción con la chica que le gusta.

Grité eso, no sé si alguien me oyó...

... y me desmayé. Y desaparecí. No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, pero, cuando me levanté, no me veía. Me incorporé sujetándome al lavabo, y al mirarme en el espejo... ¡Sorpresa, tu deseo se ha cumplido...! ¿Quieres otro por el mismo precio? ¿Cómo sabía que aún seguía ahí? Por el tacto. Desde ese momento, el tacto se convirtió en mi mejor aliado para saber dónde estaba y para que los demás supieran dónde estaba yo. Lo malo de despertarte tras haber perdido la consciencia es que no sabes el tiempo que ha pasado. Yo creo que fue bastante poco. Mejor, habría sido peor si hubiera pasado mucho tiempo ahí tirada.

Me había comprado un vestido monísimo para la fiesta, para la despedida. Pero antes, con los nervios por lo de Miguel, me había derramado un poco de zumo de tomate por encima. Me lo quité para lavarlo y me olvidé de echar el pestillo. Por eso noté que aquella chica se asustó cuando vio ropa interior como flotando en el aire. ¡Claro, me había

hecho invisible yo, no mi ropa! La chica salió corriendo. No sé, no le di mucha importancia, porque quizá la chica pensaría que había empezado la noche fuertecita y se había pasado con los tres primeros daiquiris.

Me metí dentro de la puertercita pequeña del baño, pero se me olvidó el vestido manchado de zumo de tomate colgado del lavabo de fuera. Tenía que tratar de ocultar eso, quizá alguien pensaría que me había pasado algo gordo. Que me habían atacado o algo. Veía mi ropa interior flotando en el aire, mis pulseras, me tocaba los pendientes, ¿se verían también? Estaba muy mareada. ¿Y ahora qué? No sabía qué hacer. Entonces pasó lo peor que podía pasar: entró Macarena. De todas las personas del mundo, entró Macarena. Tenía una especie de desafío interno desde que la había visto antes. Una chorrada, lo admito. Pero a ti te cuento todo. Quería que me viera más guapa que ella, ya lo sabes. Quería una especie de trofeo para mí de «sí, estás con él, pero yo soy más guapa que tú». Pero en el fondo no es tan chorrada, porque yo la autoestima, en estos días, en estas semanas preparando la boda, no la tenía en su punto más álgido.

—¿Hola? ¿Diana? —preguntó Macarena—. Está aquí tu vestido.

—Sí, sí, es que se ha manchado... ahora mismo salgo, estoy aquí dentro.

Quería decirle «es que me he vuelto invisible por tu culpa», pero no era verdad. No era por su culpa. Bueno, era por ella, pero no por su culpa, le habría dicho a mi terapeuta, al que pienso ir cuando acabe todo este disparate a ver cómo lidia con esto. Y quizá publiquemos un manual por si a ti te pasa también esto, para que sepas a qué atenerte. Y cómo no volver locos a los demás, claro.

Oí cómo Macarena abría el grifo.

—Te lo lavo, quizá con un poquito de agua y jabón, sale rápido —me dijo.

Maldita sea, es muy maja. ¡¿Por qué no me dejará en paz con su excesiva amabilidad?! Esto tiene que tener algún nombre, estos comportamientos de personas a las que quieres odiar pero que hacen todo lo posible para que no puedas y te sientas mal. Esta tía es la mala de la primera parte de la peli, bueno, de la novela, de lo que sea esto, de mi vida, y está ahí, lavándome el puñetero vestidito, y seguro que con la mejor intención del mundo, que seguro que no lo hace por fastidiar y mostrarse mejor que yo... A ver, guapita de cara, que te has ido con mi último ex, que no me vas a caer bien jamás. Una de las cosas que he aprendido, en cualquier caso, de toda esta aventura, es que nos pasamos la vida culpando a los terceros. Hace poco, cuando tuve una época mala de pasta, cambié el seguro de mi coche de a todo riesgo, que lo entendía muy bien, a terceros, que no entendía. Me lo explicaron. Lo entendí. Los terceros no tienen la culpa de nada en el fondo. «Es que la tipa le lio para que se fuera con ella». No, error: «Es que él se fue con ella, punto». Es el famoso «¿si tu amigo se tira por un puente, te vas tú detrás?» de las madres. Si te tiras por un puente, la culpa no es de tu amigo, es tuya, tolai.

—Ay, gracias, tía, eres la mejor... —dije, cagándome en toda su futura descendencia—. Ahora salgo (¿cuando recupere la visibilidad, o como se diga?).

Esos arrebatitos de falsedad, de falsa amabilidad extrema... vamos, esa puñetera hipocresía intento dejarla cada vez más lejos en mi vida; tengo un primo y una prima así por parte de padre, que actúan de esta manera y cada vez me alejo más de ellos, irremediamente. En el fondo, reconozco que a veces son armas sociales muy necesarias para evitar conflictos, pero el riesgo que se corre es que el prójimo lo perciba como una falta de empatía ante el dolor ajeno (¡o ante la felicidad cuando has conseguido un logro!). Y lo que yo menos necesitaba en ese

momento era otro conflicto en mi vida y pelearme ahora con esta señora.

—Tranquila, te esperamos fuera. Avísame si necesitas algo más —dijo ella.

Y se fue. Sí, que abras una tintorería 24H para que te lleve todos mis vestiditos manchados de zumo de tomate.

Oí que se había ido. Abrí la puerta pequeña. El vestido estaba colgado de la ventana, de una percha. ¡De una maldita percha! ¿De dónde la había sacado? ¿Quién va con una percha en el bolso? Ah, no, espera, que era un alambre convertido en percha. Mi ex estaba saliendo con MacGyver.

Se estaba secando rápido porque hacía un calor del demonio, así que me lo puse otra vez para volver lo más rápido posible, no quería llamar mucho más la atención. Me miré en el espejo y... ¡*voilà*, era visible otra vez! ¿Lo había imaginado, había sido todo una maldita alucinación? En ese momento, no lo sabía. Respiré fuerte, me dije a mí misma, muy alto, que podía con todo, y salí del baño para volver con estas.

Viernes, 1 de julio, 20.20

Cuando volví a la mesa, me decían todas: «¡Tía, no sabes lo que ha pasado, ha salido una loca diciendo que hay un sujetador que vuela solo por el cuarto de baño!». Entonces había sido verdad, había pasado de verdad. No, no podía ser. Estaba en fase de negación, iba a vivir todas las fases del duelo adaptadas a los trastornos de invisibilidad prenupcial. *Manual contra los trastornos de invisibilidad prenupcial* es otro título que barajaba para este libro-diario. Que la palabra «prenupcial» vende, «trastornos», no, e «invisibilidad» todavía lo tienen que chequear. Y que era muy largo para meterlo en un *hashtag*.

Yo seguía pensando que el alcohol y los nervios me habían jugado una mala pasada, solo deseaba quedarme a solas otra vez para comprobar si esto lo había hecho a mi antojo o era un accidente. Sí, era tan tonta, o soy tan tonta, que deseaba volver tentar a la suerte y volverme invisible otra vez por curiosidad, para ver qué pasaba y si podía controlarlo. Ay, ingenua de mí, alma de cántaro...

Cuando me estaba recuperando del susto, entró el señor Aparcador, Miguel. Entró como a cámara lenta. Como en ese antiguo anuncio de Coca-Cola Light. ¿Lo tenía idealizado al muchacho? Nah, un poquito nada más.

—Perdonad que haya tardado tanto, chicas, no encontraba sitio.

El «chicas» me sobraba. El chicas sonó a «nenas», pero bueno. No te va a caer bien Miguel, ya te lo digo. Sobre todo, porque ahora yo te caigo un poco bien y no sabes por qué he estado tan pillada por este señor. Pues mira, no lo sé, aunque sí lo sé, ya llegaré ahí. Cosas de la vida. Y del amor. Miguel es piloto, y era, es, asquerosamente perfecto. Cuesta mucho discutir con él porque, aunque no lleve siempre razón, parece que siempre lleva razón. Seguro que conoces a gente así, gente dialécticamente imbatible. Te vende una estufa en agosto. Es muy liante. Lo que más me gustaba de él, aparte de su pelazo, era su enorme confianza. Seguro que iba a un módulo de «ten confianza en ti mismo aunque seas tonto del culo». Miguel era un cuñado, era el cuñado perfecto. Pero los misterios del amor son insondables, me gustaba muchísimo. Y cuando me dejó, nos dejamos, me dejó, no quiero acordarme ahora, me lo vendió tan bien que casi le tenía que dar la razón, o las gracias. Se fue con Macarena a los cinco minutos, diciéndome que necesitaba un tiempo solo (sí, la típica excusa), Macarena, la periodista, y mi autoestima me la dejó en el sótano. La empecé a recuperar cuando apareció el santo de Fernando en mi vida, que era, es, era un tío estupendo... hasta que dejó de serlo.

Con Miguel, seguí todas esas reglas del cero contacto con tu ex y eso. Le bloqueé en Instagram y todo. Pero no para que no se pusiera en contacto de nuevo conmigo, que yo lo estaba deseando, sino para no caer yo en la tentación de buscarle, para que me dejara de salir en Sugerencias, para que desapareciera de mi vida (aunque siempre que veo un avión, sobre todo uno que vuela muy bien, muy recto y muy alto, pienso que él lo pilota).

Ah, amigo lector, amiga lectora, si te he bloqueado no es necesariamente porque me caigas mal o no quiera que me escribas. Quizá tú y yo hemos sido amigos, nos hemos

peleado, por lo que sea, yo he tendido más puentes que en el río Kwai para recuperar tu amistad disculpándome y, simplemente, me he cansado de pedirte perdón y me he rendido, así que hago como que no existimos el uno para el otro, la otra para la una y... ¿qué le vamos a hacer? Te lo pongo fácil y ya cierro yo la puerta despacito sin dar ningún portazo. A mí me encanta pedir perdón, todos nos equivocamos, pero si la otra parte no está por la labor de creer que cuando hay una amistad sincera, todo se puede arreglar, lo mejor es darse cuenta de cuándo hay que pasar página y no hacer más el ridículo. Cometer un error y saber disculparse por ello es necesario, no te convierte un error, o doscientos, en una mala persona (esta es la parte profunda del libro). Siempre creo que cuando dos amigos dejan de ser amigos, es que nunca han sido amigos de verdad.

Vale, entró Miguel. Se sentó. Le dio un beso a Macarena, que yo no miré, no quería guardar eso en mi memoria de retina. Y entonces sacó el tema.

—¿Me has bloqueado en Instagram? No me sales cuando te busco.

Me busca (¿para qué me buscas?). Macarena se mosqueó con él.

—¿Para qué la buscas? —le preguntó. Silencio incómodo, pataditas por debajo de la mesa de las chicas, que son las mejores.

—No, para ver cosas de la boda y eso —continuó. Vamos, que se cree que voy a convertir mi perfil de Instagram en uno de Pinterest con lazos, flores, vestidos y manteles.

Toda su seguridad de pilotito perfecto se iba desplomando ante la gélida mirada de su señora. Que le den, se lo merece. ¿Para qué me buscaba? No sé, podía decirle la verdad del santo bloqueo (para no buscarte yo) o una mentira (debe de ser un error en la aplicación), así que opté por

derramarme otro vaso de zumo de tomate por encima, el segundo, pero esta vez a propósito.

—¡No me lo puedo creer, otra vez... Tengo que volver al baño!

¿Te he dicho ya que fui brevemente actriz? Pues me guardé eso en mi bolso de talento, sé derramarme una bebida por encima para salir pitando así como quien no quiere la cosa. Me hago la tonta muy bien.

Me levanté de un salto de la mesa.

—¿Te acompaño? —preguntó Macarena.

—¡NO! —grité yo (déjame seguir con mis experimentos de invisibilidad a solas).

Me fui corriendo mientras el reguero de zumo de tomate que iba dejando por el suelo hacía parecer que me iba desangrando. Mi amor propio se desangraba... (esta es la parte poética del libro). Entré en el baño muy enfadada conmigo misma. Me casaba al día siguiente y no podía controlar ninguna de mis emociones. Sandra apareció por detrás. No te he contado cómo es Sandra. Es mi mejor amiga, y creo que yo también lo soy de ella. Es algo raro cuando dices «te quiero» pero no te lo devuelven, también lo es cuando dices «eres mi mejor amiga» y solo te dan una palmadita en la espalda. A veces no somos el mejor amigo de nuestro mejor amigo, y no pasa nada, no va por puntos. No, no es una cosa de patio de colegio. Tan importante es saber quién es tu mejor amiga como tener muchas y buenas amigas. Bueno, pocas y buenas. Una y buena. Mira, no sé. Que entró detrás porque sabía que me pasaba algo. Y se lo conté.

—Te va a sonar muy tonto todo, pero antes me he hecho invisible.

Me respondió con que «todos deseamos volvernos invisibles en algún momento de nuestras vidas» y bla, bla, bla. Le dije que no, que no iban por ahí los tiros. Y que se lo podía demostrar cuando quisiera... creía. Tenías que verme

como me veía ella. Con todo el zumo de tomate por encima, que parecía Uma Thurman en una de Tarantino (oye, ¿Tarantino querría hacer la película de este libro?).

Bueno, pues no me creía. Claro. E insistí. Me puse delante del espejo, le dije que atrancara la puerta.

—¿Con qué? Aquí no hay nada.

—No sé, pon ahí la papelerera o algo.

—Se abre para fuera.

—Joder, dile a Leti que venga —ordené marimandona.

Leti es muy inocente, pero, como somos casi como personajes de una telecomedia, es el carácter que nos falta, dulce y aniñado, frente a lo fría que es a veces Sandra (y lo tonta que soy yo, o era yo).

Sandra le mandó un WhatsApp a Leti: «Ven al baño ahora mismo». Y lo único que me supo mal es dejar a Covadonga sola ahí, con Macarena y Miguel. Bueno, iba a ser un minuto. Se lo compensaríamos. No sé cómo, pero se lo compensaríamos, pensaba. Pensaba en ver si conseguía traspasar poderes y que ella corriera a mucha velocidad como The Flash, o que volara como Superman, o que fuera rica como Batman, o algo así. ¿Te he dicho ya que Covadonga es doctora?

Va, que entró Leti.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada, vigila por fuera que no entre nadie al baño —ordenó Sandra. Y Leti obedeció.

—Pues sí, porque como vigile por dentro... —murmuró con mucha razón la muchacha.

Entonces me volví a mirar en el espejo. Me concentré.

—Diana, hay que volver. Pobre Covadonga... —dijo Sandra.

—¡Un momento, por favor! —¿En serio lo que más le preocupaba era que Covadonga estaba sola con estos? Madre mía.

Cerré los ojos. Y chillé. Mucho.

—¡Quiero ser invisible, quiero ser invisible ahora mismo!

Lo dije así, como en un conjuro de *La bruja novata*. Como Dorothy en *El mago de Oz*, cuando repite como un mantra: «se está mejor en casa que en ningún sitio, se está mejor en casa que en ningún sitio...». ¿Se está mejor en casa que en ningún sitio? Depende de la casa; a mí, la mía me gusta mucho, pero no sé si está adaptada para esta nueva situación de invisibilidades. ¿Tendré que terminar quitando espejos, como los vampiros? También te digo que prefiero esto que volverme vampira, eh. A mí me gusta el día, el solazo, y ponerme morena.

Bueno, pues que Leti oyó desde fuera mi mantra y se rio, las dos oímos su risa. ¿Lo oiría Miguel? No funcionó, claro. No funcionaba para nada. Si fuera tan sencillo...

—Muy bien, Diana. Ya eres invisible. Hala, vamos fuera —me vaciló mi amiga. Tardé un par de segundos en descubrirlo. Abrí un ojo. ¿En serio? ¿Ya está, ya lo había conseguido? Me miré en el espejo y me vi entera. Mierda. No. No había pasado nada.

—Te juro por mi vida que antes...

Sandra se me acercó.

—Mira, no me imagino lo que debe de estar pasando a mil por hora por esa cabecita loca que tienes sobre los hombros. Pero lo vamos a superar, juntas. Si no te quieres casar mañana, no te cases. Si te gusta Fer, y le quieres, pero no tanto como querías a Miguel, no te cases mañana. Si quieres esperar a que Miguel deje a Macarena y vuelva contigo, o que aparezca uno que te guste tanto como Miguel, no te cases mañana. Ya está, y si te casas y te arrepientes, la semana que viene te divorcias y ya está. No es un problema tan gordo el que tienes, es un problemita de primer mundo, es una trama de telenovela turca, sin más.

Le salió del alma. Sandra es fría, pero habla con una claridad meridiana, que dicen los políticos. También me fascina cuando los políticos dicen «como no podía ser de otra manera»: me fascina pero no estoy de acuerdo, porque todo puede ser siempre de otra manera.

Casi se me salta una lágrima, la abracé. Y se fue. Y me quedé sola frente al espejo después de decirle que enseguida saldría, en cuanto arreglara el desaguisado del vestido.

Me miré en el espejo para... ¡ya está, otra vez, invisible de nuevo! Un vestido manchado de zumo de tomate flotando en el baño. ¡¡Lo había conseguido!! ¿Cómo funcionaba esto entonces? No tenía ni idea en ese momento. ¿Era un deseo de efecto retardado? ¿Había que esperar un rato para que se cargaran las pilas de algo? Tenía mil opciones en la cabeza.

Como pude, te recuerdo que no me veía las manos cuando me pasaba esto, cogí el móvil del bolso. Le mandé un mensaje a Leti. Solo ella me podía ayudar, Sandra podría darme un bofetón. Le pedí que volviera. Entró Leti. Todo muy rápido, como en una obra de teatro de enredo donde meten al amante en el armario y hay siete amantes más. De pequeña, vi una con un título que más explícito no podía ser: *¡Que viene mi marido!* Una fantasía.

—Tía, estás muy rara... ¡¡¿Qué es esto?!! ¿Qué hace ese vestido volando? —Leti flipaba.

—Escúchame, soy yo... me vuelvo invisible, así, por las buenas —intenté explicarme y me acerqué a Leti para cogerla por los hombros, pero se estaba asustando.

—¿Cómo que por las buenas? —me preguntó.

Le expliqué que lo deseaba, y que la primera vez fue instantánea, pero que ahora... ¡¡No sé qué le dije, estaba muy nerviosa!! Me sentía como Clark Kent contándole a Lois Lane que era Superman.

—¿Lo sabe Sandra? —me preguntó ella, súbitamente más calmada. En su mente, aún inocente e infantil, quizá

se activó un pequeño mecanismo de «esto puede pasar, esto es posible en algunas personas». Y ya pudimos continuar un diálogo normal.

—No, no me cree, porque aún no me ha visto así; solo tú, Leti.

—¿Lo sabe alguien más? ¿Fer...?

—No.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace un rato.

—¿Cuánto te dura?

—Un poco, no lo sé —confesé, «pensé *per se*» (me gustan las aliteraciones y las anáforas, ya lo ves.)

Alguien entró en el baño pidiendo permiso. Leti gritó... «¡Un momento!» mientras me metía a empujones tras una de las puertas (como podía, claro, que yo era un vestido corpóreo flotante y unos zapatos de tacón que parecían como despegados del cuerpo y con vida propia). La que había entrado era Macarena. Maldita la hora. ¡Quédate fuera con tu novio, guapita!

—Chicas, Diana, yo... A ver, quiero que mañana no haya nada raro... vengo en son de paz... —dijo Macarena angustiadita, como si eso ahora me importara una mierda.

Leti y yo estábamos dentro del WC, ya sabes, como se diga. Ahí dentro, escondidas.

—No te preocupes, Macarena, que todo está bien, de verdad. Leti me está ayudando con un problemilla y ya enseguida salimos —mentí.

Esto no era un problemilla, esto era un problemazo. Un problemilla era cuando a los doce años te habías gastado en chucherías los veinte duros que te había dado tu madre para el pan, cuando a los diecisiete te retiraba tu amiga el pelo de la cara para potar, cuando te equivocabas y le mandabas un SMS a quien no debías, cuando pasada la una de la mañana te equivocabas en el sentido del Metro y tenías

que bajarte y cambiar de andén en la siguiente estación. ¿Te has perdido? Si es así, es porque son referencias para lectores algo mayores que tú. Veinte duros eran cien pesetas (un duro eran cinco pesetas), y un SMS era como un mensaje de WhatsApp pero con muy pocos caracteres (por eso se escribían tan mal) y que costaban dinero. No era raro que recibieras un «kntesta kndo l leas», que significaba «contesta cuando lo leas», y lo que recibías era una llamada perdida, que era gratis. ¿Sabes lo bueno? Que ibas al grano, que no te andabas con tonterías. Ah, muy importante: no había pantallazos. No los hagáis, por el amor a la Santísima Trinidad, no los hagáis. ¿Te imaginas quedar con un amigo, hablar con él de lo que sea, grabarle con un micrófono oculto y luego ponerle esa grabación a otra persona? Pues eso, precisamente eso, es un puñetero pantallazo de mierda.

Bueno, pues que Macarena se dio media vuelta y empezó a caminar.

—Vale, es que como tardabas mucho, Miguel se estaba preocupando... Ahora os veo —dijo, y se fue por donde había venido.

Me quedé pensando. ¿Miguel estaba preocupado? ¿Miguel se preocupaba por mí? ¿Por qué me preocupaba que Miguel se preocupara por mí? ¿No debería preocuparme que no me preocupara Fer sino Miguel? ¿Me iba a casar mañana con un señor en el que no pensaba? ¿Me iba a casar mañana invisible?! Todo eso pensaba y nada más que en eso pensaba.

—Tía, ¿qué hacemos? —Leti me sacó de mi bucle.

—No sé, igual tengo que relajarme para volver a ser visible. Vete, déjame sola un rato —le pedí.

—Y una mierda, esto nos lo comemos juntas.

Qué mona es. Era la mejor. Es la mejor. ¿Ves? Pocas amigas y buenas, lo digo siempre. ¿Para qué quieres más, si luego te da perecita quedar con ellas? ¿Si luego en el fondo

te alegras cuando te cancelan un plan que te apetecía una mierda? Yo me considero muy sociable pero poco social, ¿entiendes la diferencia? Te lo resumo: que cuando estoy con gente, nadie sospecha que, en realidad, lo que quiero es irme a casa, aunque sonría mucho y sea muy educada y hasta divertida cuando tengo el día estupendo.

—Diana, deberíamos contárselo a Sandra —me recomendó Leti.

—No, se va a enfadar conmigo —concluí. Sandra estaba un poco madre esos días y pensaría que montaba un numerito para llamar la atención.

Le pedí a Leti que me dejara sola un rato y que volviera con los demás, que si en un rato no se me pasaba, ya la avisaba de nuevo.

—Vale, cinco minutos —dijo saliendo por la puerta.

—Cinco minutos —prometí—, y vigila que no entre nadie.

Cuando estás mala y más te concentras en estar buena, peor te pones. Quizá esto era como una gripe: no te vas a curar más rápido porque lleva su proceso, pero puedes tomarte algo para aliviar los síntomas. Igual esto tenía un nombre en latín, *Invisibluris Invisibilis*. En el instituto se me daba fenomenal latín. Hice Letras puras. El griego me gustaba menos, no le veía mucha utilidad. Y el latín, me preguntarás, ¿qué utilidad tiene? ¿Para entender los chistes de las películas de Astérix y para ir a misa en Roma? Pues mira, una misa en latín es de las cosas más bonitas que hay. Y los refranes y dichos en latín son más categóricos que en español. Dices más dichos en latín de lo que crees: *carpe diem*, *ipso facto*, *in situ*, *in extremis*, *tempus fugit*, *sine die*... Vale, estos te los sabes. Pero ¿a que no te sabías este?: *Amor omnia vincit*? ¿Sabes qué significa? Significa «el amor todo lo puede». Quédate con esto para el final del libro: *Amor omnia vincit*.